

EL GENERAL BLANCO

A SUS

COMPATRIOTAS.

EN medio de la borrasca de pasiones agitadas por la malevolencia, la negra envidia, y la ingratitud: cuando se han empleado contra mi conducta pública las mas atroces calumnias, las mas ridículas suposiciones y el lenguaje mas záfio y virulento: cuando la perfidia misma, cubierta con el manto de la amistad, se ha visto figurar entre las artes que se han jugado en esta escena ridícula y vergonzosa de difamacion ¿qué recurso queda al hombre de bien que descansa en el testimonio de su buena conciencia, al ciudadano que ha servido en una larga serie de años a su patria con celo y fidelidad, y que, como otros eminentes patriotas, ha contribuido a elevarla al grado de gloria, en que es considerada entre todos los pueblos libres?—Apelar del fallo injusto y precipitado de sus émulos, al juicio imparcial y

tranquilo de la opinion pública. Confiado en ella, sujeto el siguiente documento a la consideracion de mis conciudadanos. Presenten mis enemigos las pruebas de su acendrado patriotismo, exhiban sus títulos al reconocimiento nacional y a la memoria de la posteridad. Yo manifestaré los míos: están en Talca, en Maipú, en Talcahuano, en Chiloé &c. &c., están sobre todo en el aprecio jamas desmentido de mis compatriotas.

SEÑOR MINISTRO.

Cuando el Supremo Gobierno tuvo a bien confiarme el mando de la expedicion que debia obrar contra el poder del jeneral Santa-Cruz, y en favor de la libertad del Perú, contó con la cooperacion activa de aquellos pueblos, con la de las Provincias Argentinas, y con los esfuerzos de la misma Bolivia para derrocar su propio Gobierno. Creyó tambien que las fuerzas de la Confederacion no pasaban de ocho a nueve mil hombres. Sentada esta base, me permitirá V. S. hacerle una franca y sincera esposicion de la campaña, y de los motivos que me impulsaron a celebrar el tratado de paz de Paucarpata; y me lisonjeo de que ella, acompañada de los documentos que he presentado en esa secretaría, satisfarán completamente al Gobierno y al público de mi conducta en el desempeño de tan dificil como pesado cargo.

Luego que me recibí del mando del ejército, despues de los sucesos de Quillota, fué necesario proceder a la reorganizacion de los cuerpos de infantería que bajo la denominacion de Portales y Valparaíso se formaron del rejimiento Maipú; y si no conseguí, a pesar de mis esfuerzos y el de sus comandantes, poner a éstos y al Valdivia al completo de su fuerza, logré sí, introducir en ellos como en los demas cuerpos del ejército el espíritu de moralidad y disciplina que constantemente le ha distinguido y merecídole los mas honrosos títulos. Esto era todo cuanto dependia de mí como Jeneral. Su fuerza ascendió, como consta del estado de ella que dirijí a ese Ministerio, a dos mil setecientas noventa y dos plazas. Una casaca usada de paño (y aun de ésta carecia el batallon "Colchagua") y el resto del vestuario todo de brin y un mal poncho, formaba todo el equipo de la infantería. La division del jeneral La-

Fuente se componia de cuatrocientos dos hombres y doscientos diez caballos. Llevaba ademas tres mil fusiles y dos mil vestuarios de paño y brin.

Fácil es conocer, por lo espuesto, que no iba en disposicion de hacer una guerra de invasion activa, pues carecia de todos los elementos que ella demanda, principalmente en un pais cruzado de desiertos y cordilleras. Mui al contrario; mi plan debia ceñirse a la ocupacion de un punto capital que pudiese proporcionármelos, contando con la opinion de los pueblos, de que tantas seguridades se nos dieron.

Despues de adquirir todos los conocimientos necesarios de aquellos peruanos que por sus luces y destinos que ocuparon en su patria, se hallaban en mejor disposicion de prestármelos, reunidos en la casa de mi habitacion los jenerales Aldunate y La-Fuente, coronel Vivanco y don Felipe Pardo, y hallándose presente el gobernador de Valparaiso, les manifesté el plan de campaña que me proponia seguir, cuyo inmediato objeto debia ser la ocupacion de Arequipa. Su importancia política, su espíritu público, que se nos pintaba tan favorable, la idea de sus abundantes recursos con que contaba asegurar el éxito de mis ulteriores operaciones, todo alentaba mis esperanzas y aumentaba en mí la conviccion de lo atinado del proyecto. Como tal fué unánimemente aprobado; y aun el jeneral La-Fuente, dejando a un lado el cálculo de las probabilidades, llegó a asegurarme que, al mes de estar en Arequipa, habria ya completado los dos batallones peruanos de su division, montado el resto de nuestra caballería y proporcionádome ademas ochocientas mulas y la cantidad de cien mil pesos. Estos auxilios unidos a los que él llevaba, eran mas que suficientes a completar el equipo de mis tropas y elevar el ejército a la fuerza de cuatro mil hombres.

La del enemigo en aquel departamento se computaba en dos mil ochocientos hombres, acantona-

dos en Torata, Moquegua y Tacna, y las que tenia el jeneral Brown en la frontera de las Provincias Argentinas, en mil quinientos. El resto del ejército de la Federacion ocupaba Lima y el departamento de la Libertad.

Declarada la guerra por los Argentinos, y anunciándose por éstos un pronto y vigoroso ataque sobre las fuerzas del jeneral Brown, claro está que éste no podia ser socorrido sino por las que componian el ejército del centro; por consiguiente dirijiéndome al Sur lograba sobre las ventajas que se han apuntado, proteger tambien las operaciones de nuestros aliados.

A mi llegada a Arica supe que los cuerpos que estaban en Torata y Moquegua habian marchado para Puno, aunque despues se dijo haber recibido órden de contramarchar; mas, que el jeneral Lopez permanecia en Tacna con su division compuesta del batallon Zepita y rejimiento de Lanceros de la Guardia. Algunos amigos de este jeneral, me dieron a entender la disposicion favorable que tenia, aconsejado de sus sentimientos patrióticos, para obrar contra el jeneral Santa-Cruz: a efecto de sondear estas disposiciones, entablé con él comunicaciones secretas, que comprobándome la verdad de aquellas, aumentaron mis esperanzas y me hicieron adherir mas y mas al plan que me habia propuesto de dirigirme sobre Arequipa.

El 29 de setiembre en la tarde di fondo en Islay, punto en que debia ejecutar el desembarco; salté a tierra, acompañado del jeneral La-Fuente, coronel Vivanco y los señores Pardo y Martinez; y fui informado por el jeneral Aldunate de que todos los habitantes del pueblo habian emigrado. Me preparaba a desembarcar el ejército y caballos al dia siguiente; mas por una feliz casualidad supe por una persona fidedigna y práctica que la travesía que me proponia hacer hasta el valle de Victor era de diez y ocho leguas, y no de doce, como se me habia informado (las leguas del Perú tienen ocho mil varas, es decir un tercio

mayor de nuestras leguas.) Sorprendido con semejante noticia, salí en busca del jeneral Aldunate y de mas señores, a quienes repetí lo que acababa de saber. Parecieron dudosos, mas el jeneral La-Fuente afirmó que él habia hecho esta jornada con dos mil hombres, saliendo del alto de Victor a las seis de la mañana, y que a las cuatro de la tarde estaba a la vela para el Callao con toda la division. Dando al jeneral La-Fuente todo el crédito que merece, yo no quise ponerme a la prueba esponiéndome a perder en esos arenales la mitad del ejército, como hubiera sucedido, atendiendo a lo que sufrió éste en la travesía a Sigüas, que se nos dijo ser de diez leguas.

Al dia siguiente, al momento que comenzó la brisa, di la vela con todo la escuadra y convoi, dando orden a los buques que conducian los caballos de seguir mis movimientos, y al resto de dirigirse a Quilca, en donde habia ordenado al jeneral Aldunate ejecutar el desembarco de las tropas, mientras que yo hacia el de los caballos, en una caleta de barlovento, venciendo mil dificultades, a que se agregó el fatal incidente de la pérdida de la fragata *Cármén*, que conducia la division peruana y, a excepcion de los fusiles, todo cuanto llevaba el jeneral La-Fuente y parte del parque del ejército, entre cuyos renglones estaban las herraduras de los caballos y zapatos para la tropa.

La falta de aguada en tierra para los caballos me obligaba a remitir estos en partidas, conforme se iban desembarcando, atravesando una distancia de seis leguas de un camino pésimo para llegar al punto en donde estaba el ejército. De los caballos de tropa se perdieron mas de ochenta entre muertos a bordo, ahogados, y estropeados en tierra.

Concluido el desembarco del ejército, dispuse que el jeneral Aldunate marchase a Sigüas con el batallon *Vuldivia*; al otro dia le siguieron Porta-

les y Valparaíso, y sucesivamente los demás cuerpos, ménos mi escolta y artillería, por falta de caballos y bagajes. Ordené al comandante Mayo marchase a Camaná con doce cazadores a caballo a tomar el mando político y militar de la provincia y remitir los auxilios que necesitaban el parque y los cuerpos que quedaban en el puerto.

El jeneral Aldunate con los tres batallones primeros y el escuadron de cazadores, llegó a Arequipa y se acampó en Challapampa, haciendo entrar únicamente en la ciudad la compañía de granaderos de Portales. Al día siguiente me le reuní con los dos escuadrones restantes, apresurando mi marcha por haber recibido en Huchumayo una carta de don Felipe Pardo, que a nombre del jeneral Aldunate me decia que el enemigo se hallaba cuatro leguas distante, con tres batallones y un regimiento de caballería: noticias adquiridas de los adictos a la causa nuestra, que salian a su encuentro, y que a mi llegada se declararon falsas. El enemigo se retiró a nuestra oproximacion, a Puquina, distante catorce leguas. La division de Lopez se me dijo hallarse en Moquegua.

Ocupada Arequipa, mi primera atencion fué establecer un gobierno nacional obrando así en conformidad con mis instrucciones. Se convocó por un bando al pueblo con este objeto, pues habiendo emigrado casi todas las personas de alguna representacion o fortuna, se me indicó por el mismo Pardo no tener lugar otro modo que el de una reunion popular. Verificada ésta, nombró de Jefe Supremo provisorio al jeneral La-Fuente y éste de su Ministro jeneral a don Felipe Pardo y de Prefecto al jeneral Castilla. Descargado de este modo de toda otra atencion que la del ejército, me contraje esclusivamente a proporcionarme todos los medios de ponerlo en estado de poder obrar ofensivamente contra el enemigo, o resistirle con éxito, caso que se decidiese a atacarme.

Con este objeto la primera providencia que tomó el Gobierno provisorio, en los apuros que desde el momento comenzaron a sentirse para la manutención y demas atenciones del ejército, cuyas necesidades crecieron considerablemente con la pérdida de la fragata *Cármén*, fué exigir un empréstito forzoso; pero como todos los propietarios habian emigrado, se obligó a los arrendatarios a verificarlo bajo la pena de ser conducidos a bordo.

Fué necesario atender a la pronta reparacion de las herraduras, pues sin ellas habria perdido pronto todos los caballos por la calidad del terreno. Tambien fue necesario hacer construir monturas para el escuadron Peruano que las perdió igualmente que sus lanzas en el naufragio de la fragata *Cármén*. Los caballos llegaron bastante estropeados como debe suponerse despues de una navegacion, seguida de un penoso desembarco y una marcha tan pesada. Yo miraba en ellos la suerte del ejército por la imposibilidad de reemplazarlos; y apesar de mis esfuerzos no logré que pudiesen herrarse todos hasta despues de tres semanas. El soldado habia llegado tambien en mui mal estado, y le era necesario el descanso. Por falta de bagajes, cada uno llevaba seis paquetes de cartuchos y tres dias de víveres a mas de su mochila y caramañola. Esta circunstancia unida a una fatigosa marcha al través de un desierto arenoso, hizo sucumbir a siete individuos. Los oficiales marchaban igualmente a pié por la misma causa.

Se estableció una provision para la subsistencia del ejército, que no pudo ponerse en órden apesar de los esfuerzos del prefecto y ministro jeneral. Los víveres no se daban jamas a tiempo, y la mayor parte de los dias venia a participarme el jefe del estado mayor que eran las dos de la tarde y aun no tenia que comer el soldado; lo que obligó a que el jeneral La-Fuente propusiera dar el rancho, no en especie sino en dinero, a razon de un

real diario por individuo, partido que, apesar de la carestía de comestibles en aquel pais, acepté como ménos continjente.

Con algunas mulas que tomó en Sigüas el jeneral Castilla se llevaron dos piezas de artillería con sus dotaciones. Mi escolta marchó a pié para el valle de Tambo, para proporcionarse ella misma sus cabalgaduras, y se me reunió muchos dias despues con ciento y tantos animales entre yeguas y mulas.

A los pocos dias de mi llegada a Arequipa, comenzaron a desaparecer las lisonjeras esperanzas con que me habia dirijido a aquella ciudad que apenas me suministraba, por la fuerza, el alimento del soldado: me convencí de no poder obtener ninguna alta en los cuerpos, y ménos poder formar la division peruana, pues el pueblo desertó completamente de la ciudad, solo porque el jeneral Castilla manifestó deseos de reunir la guardia nacional; y fué preciso que se persuadieran que ni aun para este servicio se les obligaria, a fin de que volviesen y no fuesen enemigos declarados. El comandante García del batallon Portales me dijo, que tenian tanto horror al servicio, que ni ofreciendo enganche, podia conseguir un recluta. Se pasó por el estado mayor a la prefectura una relacion de los bagajes que necesitaban los cuerpos del ejército reducida a lo mas preciso para moverse; y aunque el jeneral Castilla me repetia que tenian de mas, el jefe del estado mayor y comandantes me decian que no se les habia completado y que les faltaba su mayor parte. El comandante Espinosa marchó con mas de cien infantes y veinte y cinco hombres de caballería a Chuquibamba, punto en que se creyó aumentar las fuerzas de la division peruana y sacar quinientas mulas; y lo que encontro fué la oposicion mas tenaz en aquellos habitantes, como lo comprueba su carta al coronel Vivanco (cuya copia acompaño). Del escuadron peruano solo habian podido montarse y mal unas partidas que se habian enviado a retaguardia, el resto que estaba en Arequipa, se hallaba a pié, y solo en los últimos dias pudieron dar a su coman-

dante cuarenta y dos cabalgaduras de toda especie. Las fuerzas del jeneral Cerdeña a mi entrada en Arequipa, constaban de un rejimiento de lanzeros, dos compañías de infantería y otra de artillería, y ocupaban a Puquina, distante catorce leguas como se ha dicho. Los primeros dias avanzaban dos compañías, una de infantería y otra de caballería hasta cuatro leguas de la ciudad. Traté de sorprenderlas y mandé a las órdenes del comandante del Portales don Manuel García, dos compañías de cazadores y ochenta caballos para caer sobre ellos al romper el dia. Desgraciadamente se habian retirado, y dejado solo una partida de montoneros, la que fué dispersada por veinte y cinco cazadores que se avanzaron, matándoles dos, y tomándoles cuatro prisioneros. Desde entónces el enemigo no pasaba de Pocci, siete leguas de Arequipa, donde mantenía dos compañías de infantería de preferencia y un escuadron. Traté tambien de sorprender esta fuerza que me decian hallarse apoyada por un batallon que estaba situado a dos leguas distante sobre la falda de los cerros, y mandé las cuatro compañías de cazadores y un escuadron, a las órdenes del coronel Necochea con este objeto; pero a su llegada, el enemigo que habia sabido este movimiento, se puso en retirada con mucha anticipacion; no teniendo otro resultado esta tentativa, que haber tomado en su marcha veinte y cuatro soldados prisioneros, de veinte infantes y ocho lanzeros que, estando emboscados en Mollebaya, creyendo sorprender una de mis partidas, se encontraron cortados a su turno.

Voi a desenvolver ahora, en su totalidad, el plan que me habia propuesto y que, en mi entender justifica la eleccion que hice de Arequipa como base de mis operaciones, cuya lisonjera perspectiva han venido a destruir tantas causas fatales e imprevistas. Divididas las fuerzas del jeneral Santa Cruz del modo que dejo espuesto, protejia ademas por este movimiento las operaciones de los Argentinos, como llevo dicho, pues el jeneral Brown no podia ser socorrido sino por el ejército del centro, que con nuestra presencia no

podria hacerlo. Protejíamos tambien las insurrecciones que se anunciaban como ciertas en Bolivia y lo que es mas las operaciones del jeneral Lopez, que puesto en comunicacion conmigo, me prometió retirarse a Bolivia con su division, para apoyar las deliberaciones del congreso contra el jeneral Santa Cruz, e impedir que éste pudiese atacarnos; dándome el tiempo necesario para reponer mis caballos y acabar de arreglar el ejército. Con semejante cooperacion no podia dudarse del éxito de la campaña. Penetrando a Puno, cortaba la linea del ejército enemigo, amenazaba a Bolivia, y tomaba posesion del Cuzco, que me proponia ocupar con la division peruana a las órdenes del coronel Vivanco. El enemigo en este caso no tenia otro partido que, abandonar el norte y venir con todas sus fuerzas sobre nosotros, quedando a mi eleccion el recibir la batalla o reembarcarme y dirijirme sobre Lima; pero lo mas probable hubiera sido que la campaña se decidiese en el Sur. La causa primordial de haberse frustrado dicho plan, claro está que fué la pérdida de la fragata *Cármén*: en ella venian los vestuarios de paño del jeneral La-Fuente, y con ellos contaba para vestir de abrigo a mis soldados, cuyo equipaje era solo apropósito para la costa, pero de ningun modo para la cordillera. Necesitaba tambien para pasar en ella, llevar conmigo la provision del ejército, pues que no debia contar con otros recursos; y esto tampoco pudo proporcionármese por la escasez de ganado. A estos inconvenientes se agregaron otros que hicieron de todo punto irrealizable la ejecucion de mis proyectos.

A pesar de todo voi a dar a V. S. una prueba de mi empeño en buscar al enemigo. El 3 de noviembre el jeneral Castilla me presento a un paisano que venia de Puquina, trayendo por noticia que todo el ejército de Cerdeña se hallaba en Pocci, que el mismo le habia acompañado marchando a su retaguardia. Este movimiento a Pocci me pareció natural, sabiendo que el jeneral Santa-Cruz bajaba de la cordillera y se hallaba próximo a reunírsele; ase-

gurado de un modo que parecia no dejar duda, me hizo resolver en el momento el marchar á atacarlo a esta segunda posicion antes de que se reunieran las fuerzas del jeneral Santa-Cruz. Dí las órdenes correspondientes, y á las 10 de la noche todo el ejército se hallaba en marcha. A mi llegada á Mollebaya se me ratificó la misma noticia señalando hasta la posicion que habia tomado el enemigo y lugar en que habia colocado su artillería. Todo me hizo mirar aquel dia como el marcado para la decision de la campaña. El contento se mostraba en todos los semblantes. Nos hallábamos ya a ménos de una legua de Pocci y eran las 9 de la mañana, cuando se me presento un hombre que venia del mismo pueblo, me notició que el enemigo, sabiendo nuestro movimiento, se habia retirado para Puquina, y que no habia nadie en el pueblo. Hice hacer alto al ejército, y con las compañías de cazadores y un destacamento de caballería, continué mi marcha, acompañado del jeneral jefe del estado mayor. Llegamos a Pocci y no encontramos una persona que nos diese una noticia cierta de los enemigos. Mande reconocer una partida que se presento a nuestra vista sobre el cerro, camino de Puquina, la que se puso en fuga a la aproximacion de la nuestra.

Frustradas nuevamente nuestras esperanzas de combatir, dí la órden de contramarchar para Arequipa. La fuerza que formaba el ejército ese dia era de 2,532 hombres segun el estado que me paso el ayudante de estado mayor, teniente coronel don Francisco Ramirez; dejando mas de trecientos enfermos en el hospital, sin contar los que quedaron abordo.

En los primeros dias de mi llegada a Arequipa no recibia sino noticias contradictorias con respecto a las fuerzas del enemigo; ni podia por falta de espías comunicarme con el jeneral Lopez. Algunos que se me presentaron por los señores LaFuente y Castilla, aunque me proporcionaban noticias, las mas veces eran inexactas por su falta de

capacidad, o talvez mala fé, con que se prestaban a este servicio. Ultimamente, supe de un modo positivo que los batallones Arequipa y primero de la Guardia que habian marchado a Puno, llegaron a Puquina a los pocos dias a incorporarse a la fuerza del jeneral Cerdeña. El jeneral Lopez, léjos de cumplir lo prometido, se acercó con su division al jeneral Cerdeña, y la conclusion de todo esto fué: reunirse ésta y fugarse aquel para Chuquisaca. Supe de Puno que Santa Cruz habia retrocedido de la Paz, y que venia a tomar el mando del ejército del centro, trayendo consigo ochocientos a novecientos hombres; que las dos compañías que se hallaban en el Cuzco habian llegado ya a aquel punto, al mando del jeneral Herrera; que la oposicion que tan decididamente se habia pronunciado en el congreso de Bolivia, habia desaparecido; que el movimiento de Oruro hecho por la tropa que tenia de guarnicion, fue sofocado por el pueblo; que el diputado Sampértegui, primer campeon de la oposicion, convertido despues en *vil esclavo de Santa Cruz* (segun espresion de una carta que recibió el jeneral La-Fuente) habia enjuiciado y condenado al oficial que acaudilló aquella insurreccion, y que los Argentinos no se movian despues de la accion de Humaguaca. Supe tambien, en los últimos, dias que los batallones segundo de la guardia y quinto de linea que venian, el uno de Tupiza y el otro de Jauja, a marchas forzadas, estaban próximos a incorporarse a la division de Cerdeña. Las fuerzas del jeneral Santa Cruz con esta agregacion ascendian al número de cerca de cinco mil hombres, sin contar la division Vilal que destacada del ejército del norte, se aproximaba obrando sobre nuestra retaguardia.

En estas circunstancias, en situacion tan apurada y crítica, desprovistos de medios de movilidad, de subsistencia, de vestuario competente para atravesar la cordillera, con un enemigo superior al frente ¿qué movimiento ofensivo podia yo tentar? ¿qué éxito podia prometerme de buscar al enemigo,

a un enemigo poderoso dueño de todas las posiciones ventajosas que a cada paso proporciona una sierra para combatir, aun siendo en inferioridad de número? ¿No hubiera la ejecucion de un proyecto tan desatinado e irracional atraído la destruccion total del ejército? ¿Aprovechaba este inútil sacrificio a la causa que defendíamos? ¿Importaba al honor de la madre patria el esterminio de tres mil de sus mejores hijos? Respondan, no los militares instruidos, sino los hombres mas ajenos de la profesion de las armas con tal que tengan sentido comun y buena fé. Está, pues, demostrado que no podia obrar ofensivamente sobre el enemigo sin contrariar las reglas mas vulgares del arte de la guerra.

No me quedaba mas partido que mantenerme en Arequipa, confiado en que el enemigo por poco audaz que fuese, trataria de desalojarnos provocando una batalla, en que debia contar con el triunfo, atendida la superioridad de sus fuerzas. Por mi parte descansaba en la moral, en la disciplina, en el afamado valor del soldado chileno, y mui particularmente en la exelencia de nuestra caballería. Con estas sobresalientes calidades que contrapesaban la ventaja material del número de los enemigos, no temia los resultados de una accion: por el contrario, deseaba ardientemente, y lo deseaba todo el ejército, medir nuestras armas sin cuidar de contar los enemigos; mas estas esperanzas no se cumplieron. El enemigo conociendo nuestra situacion, no quiso aventurar sus fuerzas ni correr los azares de la suerte, y se mantuvo en sus posiciones, esperando que, agravándose por momentos aquella, me veria forzado a emprender una retirada en cuyo caso confiaba hostilizarnos con todas las ventajas que le daban sus crecidas fuerzas, el conocimiento práctico del terreno y la movilidad de una infantería que en esta calidad puede, sin exajeracion, ser reputada sin igual. No obstante estos lisonjeros cálculos del enemigo, yo contaba hacer mi retirada sobre Quilca en buen orden, y dirijiendo la caballe-

ría sobre Pisco, apesar de una travesía de mas de doscientas leguas de un terreno falto de recursos, dar la vela para dicho punto con el resto del ejército. Esta idea me aterraba sin embargo, al considerar el deplorable estado en que llegaría aquella, despues de tan larga marcha, y con los poquisimos auxilios que podia prestarle. Reflexionaba igualmente los apuros, tal vez mayores, en que iba a verme para la subsistencia del ejército, de la escuadra y transportes en una provincia tan inferior en recursos a la de Arequipa; pero no pudiendo optar entre éste u otro partido, me era forzoso ceder al único que se me presentaba.

En estas afflictivas circunstancias se me propuso por el jeneral Santa-Cruz una entrevista en Paucarpata. Me presté a ella, y esta conferencia atrajo otras de que resultaron al fin los tratados celebrados en Paucarpata entre don Antonio José Irisarri y yo por parte del gobierno de Chile, y los jenerales Herrera y Quiros por el de la confederacion Perú-Boliviana. Antes de proceder a esta transaccion, consulté con el jeneral jefe del estado mayor Aldunate y los jefes del ejército, reunidos en consejo de guerra, sobre la proposicion de tratar a que se me invitaba por parte del enemigo, y convencidos de ser cierta la manifestacion que les hice de lo crítico de nuestra situacion y de la fuerza de razones que les espuse, se pronunciaron unánimemente por este partido como el mejor que en tan dificiles circunstancias podia adaptarse. Del acta que con este motivo se levantó, di al Ministerio conocimiento remitiéndole copia. Si este documento no fuese suficiente a justificar mi conducta militar, y si las razones todas que llevo espuestas en apoyo de ella no bastasen a satisfacer plenamente al Supremo Gobierno, estoi pronto a responder en un consejo de guerra a los cargos que pudiesen hacerseme.

Me es altamente sensible que los tratados no hayan merecido la ratificacion del Supremo Gobierno. A él mas que a mí toca juzgar de la convenien-

cia o inconveniencia en materia tan grave y trascendental; pero me acompaña el sentimiento íntimo de las puras intenciones que los dictaron. He dicho que no me quedaba otro recurso que retirarme sobre Pisco, y he apuntado ya a V. S. todos los inconvenientes que iban a resultar de esta operacion. Debo añadir ahora que casi la conceptuaba como desesperada y desprovista de todo objeto de utilidad, y que esta consideracion habria en último resultado decidídomé tal vez a no abrazarla, prefiriendo como mas conveniente reembargar la expedicion en Quilca y restituirla a Valparaiso aunque con el sacrificio que me habria visto obligado a hacer de todos los caballos, y la necesidad de rechazar los continuados ataques que en una travesía de 30 leguas habria sufrido de un enemigo tan superior en fuerzas y alentado por la naturaleza misma de nuestros movimientos. En tal posicion, no he creído ni lo ha creído el ejército todo, empañar el lustre de las armas de Chile admitiendo la oliva de la paz de la mano de un enemigo poderoso. Léjos de mí y del ejército semejante bastardía. Si en la conveniencia política del Gobierno entra el rechazar esta paz, me quedará al ménos la satisfaccion de que estipulándola, evité el aniquilamiento de una parte de mis soldados y no derramé sin fruto una sangre preciosa de que algunos se muestran tan pródigos.

Sírvase V. S. elevar esta esposicion a S. E. el Presidente de la República para su conocimiento, y vindicacion de mi conducta como jefe de la expedicion que se me confió.—Dios guarde a V. S.—Santiago 28 de diciembre de 1837.

Manuel Blanco Encalada,

Sr. Ministro de Estado
en el Departamento de
la Guerra.